

POESÍA		RESEÑAS
De la prosa a la poesía y viceversa Errores de lectura DIEGO AGUDELO GÓMEZ JUAN ESTEBAN TOBÓN ALZATE (ilustración) Tragaluz, Medellín, 2022, 80 pp. ESE FLUIR del lenguaje que va de la prosa a la poesía, y vuelve de regreso al lenguaje mismo, caracteriza no solo los poemas del libro <i>Errores de lectura</i> de Diego Agudelo Gómez, sino su recorrido por el oficio de escritor de cuentos y poemas con una aguda prosa poética. Si indagamos en Google y YouTube nos encontramos con sus palabras que son cuentos (por ejemplo, “Las suecas caen del cielo”, publicado en el periódico <i>Universo Centro</i> de Medellín, en octubre de 2017), o críticas de cine, o artículos variados. Mirar estos textos anteriores a sus libros es como estar frente a la cantera que nutre a un escritor, y que no es solamente del barrio, de la calle, los registros audiovisuales, las películas de cine, las series de televisión, sino también de la literatura (dicen que de Borges, Juarroz, Watanabe). Recorrido por el oficio de escritor que se condensa en dos libros publicados por Tragaluz Editores, en Medellín: el volumen de cuentos <i>Final de temporada</i> (2019) y el que reseño. <i>Errores de lectura</i> es, en primer lugar, un libro-objeto que amerita ser apreciado con detenimiento, porque es valioso en sí mismo. Es así como disfrutamos su formato, tan apropiado para la lectura; la textura del papel de la cubierta, suave y firme a la vez, que invita a sostener el libro en nuestras manos; la fortaleza y plasticidad de la encuadernación, que nos lleva a abrirlo y cerrarlo con la certeza de que sus hojas aguantarán en el lomo, sin desprenderse, innumerables lecturas. Este objeto con páginas en su interior nos lleva a mirarlo y recorrerlo suavemente. Luego decidimos leerlo, proponiéndonos marcar con papeles de colores los poemas que más nos gustan. La sorpresa es que el libro-objeto vuelve a hacerse presente por arte de magia. Fueron tantas las marcas que el libro se convirtió en una especie de cometa rectangular con uno de sus lados colmado, a manera de cola, de	papelitos de colores; marcas que, sin lugar a duda, presagian gratas relecturas de las que daremos cuenta más adelante. Pero, antes de cumplir la promesa de lectura de los poemas, vamos a jugar un poco; porque este libro también fue pensado para subvertir, del modo en que lo hace el carnaval, una práctica tan rígida como la editorial. Y, por otro lado, fue pensado para trastocar conocimientos inamovibles, que no admiten ni cuestionamientos, ni procesos. El juego consiste en pasar de un lado a otro, de un verso o una estrofa, sin la puntuación requerida, lo cual dejó de ser un error para convertirse en un “error”, con comillas, a la vista, desde la instauración del verso libre en la poesía. Lo que nos llama la atención es cómo esta práctica contagia, por ejemplo, al colofón: los errores de este libro se terminaron de imprimir en agosto septiembre, en Medellín, Colombia. Se inicia la frase con minúscula. Luego nos encontramos con un error: “agosto”, tachado, enmendadura que significa eliminar la palabra en cuestión durante la etapa de edición, y en lugar de ello se deja a la luz. No cabe duda, estamos jugando a los errores en el colofón. Además, es así porque en esta última página impar suele consignarse una serie de datos que en este caso no están presentes. ¿Será que esconder estos datos forma parte del juego? No sabemos. Pero seguimos jugando. Todos los títulos de los poemas están tachados y al final nos encontramos con varias páginas rayadas, a la manera de la caligrafía, que llevan por título “lista de errores”, también tachados. Ahora sí llegamos a la poesía. El libro se divide en tres partes: “Islas de ficción”, con siete poemas, uno de los cuales lleva el mismo título de la sección; “Errores de lectura”, con nueve, y “Simulaciones”, cuyo título corresponde, igualmente, a uno de sus once poemas. Vamos a centrarnos en el poema “la palabra casa”, de la primera parte, que empieza así: este es un poema a la ausencia del aire / y a una voluntad reunida a migajas, / durante más de cien días y un día / para dejar escapar como por un fuelle roto / la palabra casa	Entonces fue la palabra <i>casa</i> su nacimiento, y bastaron cinco versos para ello, en unas circunstancias tan precisas como los “cien días y un día”, y tan ambiguas como que “este es un poema a la ausencia del aire / y a una voluntad reunida a migajas”. Una vez que se crea la palabra, se crea la cosa misma, la casa. Entonces dice: la palabra casa que, de breve, no deja escuchar / las bisagras de las puertas / ni el saludo de los perros / cuando sienten en la madrugada / a su amo / llegar / con las sobras de la cena Aquí la distancia entre la palabra <i>casa</i> y la cosa misma, la casa, desaparece; es barrera para escucharse ella, la casa, en sus bisagras. Así continúa el poema: apenas dos sílabas para abrir la ilusión / de una ventana con vista a la noche, / al poniente piadoso / o a las luces de otras casas Nos imaginamos por un instante apoyados en dos sílabas para asomarnos por una ventana, y encontrar la noche, el poniente, las luces. Y dice la última estrofa: solo hace falta / el último suspiro / para decir una palabra, / la palabra casa / y volver a entrar en ella De manera que la palabra <i>casa</i> es nuestra morada, tanto en la tierra como en el cielo: salimos de ella y a ella entramos al final de los días. Qué poder el del lenguaje, tan solo dos sílabas para desatar un universo completo. Ahora leamos el poema “artes marciales”, de la segunda parte, tan representativo que fue reproducido, parcialmente, en la contracarátula. Un bello poema, sin duda, de esos que lectores y lectoras guardamos celosamente: solía sembrar de golpes las paredes / descargaba latigazos / contra los pilares de mi habitación / practicaba patadas voladoras / contra las sillas / imaginaba cojines / como las cabezas cortadas del sofá / y los cubos

RESEÑAS		POESÍA
de hielo eran bombas de humo / que se fragmentaban en gotas cristalizadas / cuando los lanzaba a los vecinos / que no entendían de cuál ventana / provenía el asalto Hasta aquí estamos en el preámbulo de algo que aún no sucede. Se trata de la construcción de imágenes: cojines que no son ellos, sino las cabezas cor- tadas del sofá; cubos de hielo que tam- poco son ellos, sino bombas de humo. sabía ocultarme en la sombra de los zaguanes / trepaba árboles para mimetizarme / junto al sueño diurno de los murciélagos / subía a lo más alto de los eucaliptos / donde las ramas son tan delgadas / que cualquier sacudida las puede romper / y me abrazaba a ellas / me convertía en el apéndice / de la rama / un parásito con ansia de viento Aún no ocurre ese algo anticipado por las pequeñas acciones. fabricaba arcos / improvisaba flechas / adivinaba las armas ocultas / en el corazón de los trozos de madera / así como Miguel Ángel / pudo ver en el crudo mármol / la figura de David Tampoco sucede en este momen- to; apenas se marca un silencio, una espera. Hasta que la siguiente estrofa empiece con un <i>entonces</i>: entonces fabricaba / un cuchillo / un arpón / la simulación de una pistola / catapultas de bolsillo / para atentar contra los pájaros / pero nunca hubo un pájaro caído / por mi mano Pero aún no ocurre. las plumas coloradas / de los petirrojos / y el mar volátil que / transportan los azulejos / en su vuelo / me enseñaron / la puntería furtiva / y el arte de reservar municiones / para dispararle a la sombra / al hambre de la sombra / al pozo sin fondo del hambre de la sombra / cuyo apetito babea / sobre los pájaros / babea sobre los árboles / babea sobre los murciélagos dormidos / babea	incluso sobre / las huesudas ramas / que se parten / en lo alto del dosel / cuando las mece el viento El ser que canta se adiestra, desde el primer verso, para algo que no sabemos de qué se trata. Se enumeran acciones, una tras otra; las más inusuales, tan hermosas como la de adivinar armas ocultas en el corazón de los trozos de madera. Vemos imágenes y en ellas radica la fuerza de la poesía de Diego Agudelo Gómez: son desbordantes, audaces, y muy bellas. No hay métri- ca, ni rimas internas, ni externas. Es el verso libre de toda atadura. Tampoco encontramos reiteraciones de palabras, de sintagmas; no las hay. Excepto en la última parte, para modelar la palabra <i>sombra</i>, repetida tres veces. Y luego el rabioso apetito <i>babea</i>, y esta palabra se reitera cuatro veces. ¿Babea sobre qué? Sobre pájaros, árboles, murciéla- gos. Babea sobre palabras esdrújulas, palabras con la sonoridad que caracte- riza a esta acentuación. De manera que es en estos ocho últimos versos que se desata la fuerza expresiva del poema. Hemos recorrido dos poemas re- presentativos de la poética de Agudelo Gómez: notamos entonces la cercanía de las imágenes a la prosa, y de la pro- sa a la potencia del poema y el verso. En “la palabra casa” se nos plantea un problema filosófico entre lo que se dice y la cosa misma, con imágenes y un lenguaje que nada tiene que ver con la filosofía. En “artes marciales” es evidente el momento en el que se va separando la prosa para dar lugar a los elementos poéticos que son relevantes cuando la poesía ya no se vale de rimas internas y externas. En este caso es una reiteración selectiva, en determinado tipo de palabras, esdrújulas, después de una tensión generada a lo largo del poema. Es a partir de estas sutilezas en el manejo del lenguaje que la escritura de Diego Agudelo Gómez transita de la prosa a la poesía, y viceversa. Beatriz Restrepo Restrepo	